

La usura CAPITULO LXVII. De cómo Pedrarias no cesaba de enviar cuadrillas por todas partes donde sabía que había oro que robar.—Manda á Tello de Guzman á descubrir por la mar del Sur.—Desgraciada expedición de Francisco de Vallejo á la provincia de Urabá.—De cómo Francisco Becerra, enviado á la provincia del Cenú, pereció con toda la gente que llevaba.

Como no pretendiese Pedrarias y todos los que con él vinieron, y allí de antes con Vasco Nuñez estaban, sino allegar todo el oro que haber y robar pudiesen, como por todo lo ya referido queda bien declarado; y cerca desto era tanta la ceguedad é imprudencia de Pedrarias y del Obispo, y de todos los demas, que no advertían los grandes azotes que Dios cada dia les daba, matándole la gente, así de enfermedades como por manos de los indios, y de los inmensos trabajos que pasaban, que no era todo aquello acaso, sino por mostralles y castigalles la condenada é impia negociación en que andaban, destruyendo aquellas inocentes gentes que no les debían nada, y que por fin de convertillas los habían enviado, y este fin el señor Obispo, más que otro á adivinarlo era obligado; así que, como su fin de todos ellos fuese robar y captivar los que estaban seguros en sus casas, y enriquecerse á costa de tanta sangre humana, siempre Pedrarias no cesaba de enviar por todas partes cuadrillas, donde había nueva que los pueblos tenían oro que robarles, y para hacer escarnio de la razón natural y ley Divina y aun humana, mandaba que les hiciesen primero el requerimiento que traía de Castilla ordenado y mandado. Y los tiranos que enviaba por cumplir su mandado, y justificar sus entradas, que así llamaban aquellos sus santos viajes, iban con gran silencio y cuidado que no fuesen sentidos, y hacían noche á una legua, y á media, y á un cuarto, según la comodidad hallaban, y entre sí leían el requerimiento á los árboles diciendo: "Caciques é indios de tal pueblo, hacemos saber, nos, los cristianos de Castilla, como hay un Dios y un Papa, etc." y pedía luego el Capitan testimonio autorizado al escribano que consigo llevaba, de como se había requerido á los Caciques é indios de aquel pueblo, todo lo que Su Alteza mandaba, pero que no habían querido venir á dar la obediencia á Sus Altezas, ni á ser

cristianos, y luego al cuarto del alba daban en el pueblo que tenía sus vecinos en sus pobres camas, y lo primero, como arriba dije, que hacían era poner fuego á las casas donde se quemaban ó chamuscaban los indios descuidados, mataban y prendían los que salían asombrados y quemados, y despues de apagado el fuego iban á buscar y rebuscar el oro, que era toda su felicidad tras que andaban. Y estas fraudes y maldades no las podían ignorar el señor Obispo y Pedrarias, á quien incumbía más que á otros estorballas y castigallas.

Entre los demas envió Pedrarias á un Tello de Guzman, mandándole que, con la gente que Juan de Ayora en el pueblo de Tubanamá había dejado, fuese descubriendo por la mar del Sur cuanto pudiese, del Poniente abajo. Mandó ir á Francisco de Vallejo, con 70 hombres, contra las gentes de Urabá, que los infestaban, viniendo, diz que, sobre el Darien y echándoles las flechas en las casas; no miraban los pecadores cuánto derecho, cuánta justicia, y cuánta razón les sobraba. Llegados hacia los ranchos que hoy dicen de Badillo (otro que mejor baila), que distan tres leguas de Urabá, dando sobre ellos, según su costumbre, al cuarto del alba, diéronse muy de prisa á robar el mucho oro de que tenían fama, pero los indios, que por allí tenían mortífera hierba, dieron en ellos y hiriéronles bien cuantos. Los españoles les hicieron ventaja, y entrando más en la tierra, juntase muchos indios, y pelean mucho rato, y con la hierba derrocaban muchos que morían rabiando. Retrajéronse hacia la costa por donde habían entrado, y llegando al río que arriba dijimos llamarse de las Redes, acordaron hacer ciertas balsas para por el agua mampararse; éstas se hacían de maderos ó haces de cañas, atadas unas sobre otras con ciertas raíces, como correas, de la manera de las de la yedra, ó con algunos cordeles, que siempre consigo solían llevar para tales necesidades, de cáñamo, que por allí hay; estas balsas, con el miedo y la prisa que tenían por salvarse, no fueron bien atadas, las cuales, desatándoseles con los brazos las sostenían echados sobre ellas, y así iban el río abajo, y, porque no podían durar sin todos ahogarse, colgábase de las ramas de los árboles que topaban, creyendo de más poder durar, pero cansábaseles los brazos, caíanse y allí se ahogaban. Otros, que tenían más vigor, llegábase á la tierra, y allí, con inmensidad de flechas herboladas, eran ase-

teados, de los cuales ninguno escapaba; los pocos que escaparon, heridos y por milagro, pudieron llegar á la costa de la mar y fuéronse al Darien, los cuales vistos por Pedrarias, que de 70 quedaban muertos los 48, y aquellos que venían heridos de aquella hierba pestilencial, que pocos della escapaban, vídose terriblemente angustiado, y de ninguna parte podía hallar cosa que le consolase. Pero no por eso dejaba de añadir pecados á pecados, y males á males por su insensibilidad, por lo cual, para enmendar el avieso camino que andaba y recompensar las pérdidas del oro, que muriendo los que á robarlo enviaba, dejaban de llevar delante, acuerda enviar á Francisco Becerra en un navio con 180 hombres, y con muy grande aparato de guerra, conviene á saber, tres tiros de artillería, que echaban la pelota de plomo más gruesa que un huevo, 40 ballesteros, 25 escopeteros, y de todas las demas armas que de allí pudieron haber muy bien guarnecidos, que, cierto, bastarian para hundir é destruir á toda la tierra firme. Estos envió para que penetrasen en la provincia del Cenú, y del todo rayesen cuanto riqueza y oro haber en ella certificaba la fama, porque no creía que el bachiller Anciso, según lo que era, había robado nada.

Desembarcó Francisco Becerra y su compañía en la costa de Urabá, porque le mandó Pedrarias que de camino destruyese á cuanto gente por allí hallase, y entró, descubriendo la tierra por camino que nadie antes supo, ni despues por donde hobiése entrado, porque nunca jamás pareció, ni dél ni de hombre de los que con él fueron hobo ningun rastro, mas de que todos fueron muertos, sin que alguno escapase; y esto se alcanzó por un indio, muchacho, que con ellos iba, que debía ser criado de alguno dellos, el cual, escondido por los montes, andando de noche y en las breñas metido de dia, se escapó hasta que llegó al Darien casi de hambre, sin habla, por gran maravilla. Deste supo Pedrarias, que andando Francisco Becerra y su gente por diversos lugares, á veces huyendo, á veces dando en los indios, le mataban los hombres á flechazos con hierba, para lo cual tuvieron esta industria: que en los caminos que iban por montes, cortaban los árboles y embarazaban los caminos con ellos, y poníanse detras dellos, y de allí les flechaban sin ser dellos vistos, y por aquellas espesuras teníanles gran ventaja los indios, porque los españoles por ella son atados, y los

indios, como desnudos, ligerísimos, y así no podían seguillos. Súpose más, que llegados al río del Cenú, que pasa junto con el principal pueblo, hallaron la gente disimuladamente pacífica, y, como el río es grande y hondo, creo que se dejaron pasar dellos en canoas, lo que fué harto indiscreto aviso; y en canoas, ó como quieran que los pasaron ó ayudaron á pasar, teniendo la mitad dellos de la otra parte del río, salieron por dos partes gente que tenían puesta en celada, y no dejaron entónces hombre dellos vivo. Esto, como dije, se supo de aquel muchacho indio que con Becerra y su compañía había ido. Aquí pagó Francisco Becerra las muertes, y captiverios, y robos que cometió en los pueblos que los rescibían y estaban de paz, por Vasco Nuñez confederados, quebrantándoles la fé, y verdad, y seguridad que Vasco Nuñez, como dicho queda en el cap. 50, les había prometido, por y en nombre de todos los españoles, que estaban seguros sin rescibir dellos daño, y por la misma manera parece que lo castigó Dios, saliéndole los vecinos del Cenú de paz, y no la guardando al cabo; puesto que en aquel salir de paz, fé ninguna ni paz no violaron, sino que usaron de ardid discreto de guerra, y él fué indiscretísimo en creellos: gentes que desde Hojeda y Nicuesa, y aun de antes por Cristóbal Guerra, como dijimos en el primer libro, de los españoles habían rescibido tan infinitos escándalos, insultos, daños y males. Y plegue á Dios todo poderoso, que, con este mal fin, todos los que mal hacían y han hecho á los indios, ante el Divino juicio hayan pagado.

CAPITULO LXVIII.

* De cómo Tello de Guzman hizo ahorcar á un cacique so pretexto de ser acusado por un muchacho.—Propónese ir á la tierra de Panamá.—Manda á Diego Albitez á la provincia de Chagre, cuyo señor le da una gran cantidad de oro.—De los muchos trabajos que pasaron para tornar al Darien.—Desesperacion de Pedrarias, el cual mandó cerrar la fundición y hacer oraciones y plegarias.—De cómo Albitez envió á Castilla á Andrés Niño para que le trajese una gobernación de la mar del Sur. Llegado Tello de Guzman al pueblo del cacique Tubanamá, halló á Meneses quasi

cercado de los indios y de hambre, que lo guerreaban, que no osaban salir á buscar hierbas que comiesen, no esperandos remedio de alguna parte; y puesto que muchas veces quisieran huir, pero los indios luego eran con ellos y los atajaban, y así pensaron más morir de hambre quizá que de los flechazos. Vístolo asomar de nuevo, luego todos huyeron que no osaron parar. De allí fueron todos juntos á las tierras de Chepo y Chepancre, Caciques y señores principales, quemando, y abrasando, matando, y robando cuanto vivo hallaban; decian que por hacer venganza de un español que le mataron á la entrada. Y, porque los indios se rehacían para venir á dar sobre ellos, acordó Tello de Guzman de enviar mensajeros al Cacique más principal, ofreciéndole paz y amistad y dando excusas de los daños que les había hecho, y que no tuviese temor desde adelante; convenciósese aquel señor, y vino á vellos de paz, y llevólos á su casa, y hizoles todo buen hospedaje, teniendo por cierto que lo que le prometió había de ser verdad. Estando un día comiendo en mucha buena conversacion y hermandad, llegó, segun dijeron, un muchacho á quejarse con ciertos indios que le acompañaban, el cual dijo al capitán Tello de Guzman, que aquella tierra y señorío era suyo, y no de aquel que allí estaba, porque su padre, que era el legítimo señor, al tiempo de su muerte se lo dejó por tutor y gobernador de aquel estado, pero que despues se había con él alzado y á él desterrado, y por tanto, que le rogaba que contra él le ayudase. Tello de Guzman, como hombre muy justo, y como si fuera Alcalde en su tierra y casa, creyendo que el mozo decia verdad, mandó luego ahorcar, al que le tenia y hospedaba con fiesta en su casa, de un árbol, aunque, diz que, le pesó por cierto oro que le había dado; porque veais éstos cuán absolutos y libres son para cometer todo género de pecados. ¿Quién los hizo á éstos en tierras y señoríos ajenos Alcaldes? ¿No le pesaba de quebrantar la fé y seguridad que le había dado, y pesábale, por el oro que dél había rescibido, matarlo? Item, ¿qué sabía si aquel muchacho decia verdad, ó si el que poseía aquel señorío era más legítimo señor que su padre? y con qué testigos hizo el muchacho su probanza y el poseedor si fué oído y defendido y convencido en juicio contradictorio? Entregó, diz que, Tello de Guzman, siete Capitanes que servian al señor ahorcado, los cuales hizo luego el muchacho

con gran osadía y rigor hacer pedazos; dió el muchacho en señal de agradecimiento á Tello de Guzman 6.000 castellanos por aquel precio aborcará Tello de Guzman á 400 que le demandaran.

Porque Panamá era por aquella tierra muy nombrada, propuso Tello de Guzman de ir allí, donde no halló sino algunas casas de pescadores, de lo cual, el nombre de Panamá, la última lengua, se derivaba, porque Panamá quiere decir en aquella lengua, lugar donde se toma mucho pescado. Envió desde allí á un Diego Albitez con 80 españoles, con los cuales fuese á robar y captivar los vecinos de la provincia de Chagre, que debía estar de allí ocho ó diez leguas, el cual entró por los pueblo al cuarto del alba, tomándolos todos durmiendo y descuidados, pero no les quiso hacer daño, que fué imagen, para ellos, de milagro. El Cacique, viendo que los pidieran matar y captivar y roballos, en señal de agradecimiento, con grande alegría dió á Diego Albitez 12.000 castellanos. Visto tan buena pella de oro, tan á la primera mano, creyendo que quien tan fácilmente daba tanto debía tener veinte tanto, pidióle que le hinchese de aquel metal un costal grande. Rescibió el Cacique de to mucha pena, y algo airado le respondió: "que lo hinchese de piedras del arroyo, que él ni tenia más ni criaba el oro;" confuso Diego Albitez de la respuesta del Cacique, tuvo por bien de se ir, sin consentir que se le hiciese por aquella vez mal ni daño. Tornóse Diego Albitez á juntar con Tello de Guzman en la tierra del cacique Pácora, la media breve, holgaronse todos mucho con el mucho oro que llevaban, y de allí acordaron de se volver al Darien á ofrecer su parte á Pedrarias y al señor Obispo, y á los demas que habían de haber sus partes por los criados que enviaban. Yendo su camino, y llegados á Tubanamá, que tantas veces había sido corrido, robado y agraviado, vieron mucha gente de guerra que los estaba esperando con algunas banderas de camisas de lienzo, ensangrentadas de los españoles que habían muerto, y con gran gritaría, que así los habían de matar, como á los que la villa de Sancta Cruz habían poblado, de que arriba se dijo algo; los cuales, como venian cansados, y quizá porque Dios los acobardaba, tuvieron gran temor, y todos desmayados, no curaron más que de huir haciendo acometimientos para su defensa de cuando en cuando. De

esta manera huyendo, y llegando á la tierra de Pocerosa, á quien Juan de Ayora, como arriba fué dicho, quebrantándole la fé y paz y seguridad, hizo tantos daños, pensaron perecer de sed por falta de agua; y acaeciósese aquí una cosa maravillosa, para demostracion de la pena que merecia la sed de oro que traian siempre en su ánima, que, como padeciesen gran tormento de sed, á trueque del oro que llevaban les vendieron los indios el agua. Esto no debian los indios de hacer por codicia de haber el oro, que en tan poco ellos tenian, sino por lastimallos en aquello que más amaban y en tanto entendian que estimaban. Finalmente, de dia defendiéndose, peleando, y de noche huyendo cuanto más podian, los más dellos mal heridos, salieron de aquellas comarcas y de sus peligros.

Llegados al Darien, destrozados y con ménos oro que traian por haber dado mucho dello por el agua, cuando de sed perecian, como estaban muy tristes de las adversidades que á Vallejo y á su compañía poco antes había acaecido, y sobre todos Pedrarias angustiado, sobreviniendo el desastre de Tello de Guzman, pensaron todos ser ya asolados. La tristeza y angustia y miedo que sobre todos los del Darien vino, y la desesperacion de Pedrarias, no puede fácilmente ser explicado; si miraban hácia las sierras, ó montañas, ó llanos, las ramas de los árboles y las hierbas de las zabanas ó llanos indios armados se les antojaban, y si consideraban la mar, les parecia que venia de canoas y gente de guerra enajada. Con estos pensamientos é imaginaciones, que les causaban terribles temores, andaban como atónitos, no solo haciendo corrillos, pero quasi á voces los publicaban clamando. En esto, el buen Pedrarias, como desesperado, mandó cerrar la casa de la fundicion, donde aquel tan sangriento é inueno oro se fundia, que entre ellos era señal de guerra ó de hambre, como si Pedrarias más claro dijera: "más nos vá que juramento perder de ir á robar oro el cuidado, porque más es tiempo de buscar remedio para salvar las vidas, que en allegar hacienda ocuparnos." Parece que mandar cerrar la fundicion, Pedrarias, en señal de guerra ó de hambre, quiso parecer al Templo de la Paz, que edificó Vespasiano en Roma, el cual, los romanos, cuando abrian, era señal de guerra, y de paz cuando lo cerraban; entendiendo en nuestro caso los fines y significaciones por el contrario. En-

tre las presentes angustias vino tanta devocion á Pedrarias, y en ella le debía el Obispo de ayudar, de mandar que se hiciesen oraciones y plegarias para que, diz que, Dios quitase su ira de sobre ellos; tanta era su insensibilidad que no atendian á que los nefarios crueles é inxpiables pecados que, contra Dios y sus prójimos, destruyendo é infernando aquellas gentes, solo por roballos y captivallos, cometian, era la causa: parece que habían venido en sentido reprochado, del cual habla San Pablo. El conocimiento y arrepentimiento que dellos tenían confirmarse há por lo que se dijere adelante. Y parece tambien que Diego Albitez, que de ésta se escapó, con ambicion de sólo ya gobernar, como se via rico de aquel oro descomulgado, envió á Castilla, de secreto, á un marinero llamado Andres Niño, tambien de pensamientos no bajos, para que le trujese del Rey una gobernacion de la mar del Sur, á quien dió para que lo fuese á negociar 2.000 castellanos; de este Andres Niño no es poco lo que queda por decir abajo.

CAPITULO LXIX.

* Expedicion de Gonzalo de Badajoz.—Industria de que se valió para hacer penetrar á los españoles luego que llegó al puerto del Nombre de Dios. —De lo que hizo con los caciques Tatanagua, Tataracherubi y Tabore.—Manda á Alonso Perez de la Rua á la tierra de Natá.—Del oro que allí recogieron y del medio que usaron para librarse de los indios alzados.—Juntáseles Badajoz y prosiguen sus correrias en los dominios de varios Caciques.

Para enmienda de los pecados presentes y pasados, y por ayudar á las oraciones que mandaba hacer Pedrarias y el Obispo, porque Dios dellos su indignacion alzase, acordó Pedrarias de enviar otro Capitan, la costa abajo, llamado Gonzalo de Badajoz, en un navío con 80 hombres (y despues le envió otros 50 ó poco más), para que desde el Nombre de Dios, ó algo más abajo, pasase á la mar del Sur, y toda la gente della allanase; que no era otra cosa sino roballos, ya que lo sufriesen por sus tierras y pueblos entrar, y si les resistiesen, como dellos con tanta razon no se fiasen, los guerreasen,

matasen y captivasen. Y aún, según su costumbre, á los que quizá los recibieran de paz y les dieran todo el oro que tuvieran, no esperaban á tanto, sino comunmente, dando en ellos al cuarto del alba, los salteaban y hacían en ellos lo que arriba queda declarado. Deste Badajoz hay que decir cosas señaladas. Embarcado con su gente en el mes de Marzo de 1515 años, váse la costa de la mar abajo, y, llegados al puerto del Nombre de Dios, desque vieron la fortalecilla que había hecho el desafortunado Nicuesa, y infinitos huesos y cruces sobre montones de piedra, que cubrían los cuerpos de los muchos suyos que allí habían muerto de pura hambre, comenzaron todos á temer y á desmayar, y á poner dificultades en la pasada adelante. Viendo su desganá, Gonzalo de Badajoz mandó luego al Maestre del navío que sin dilación se tornase, por quitar la esperanza de la gente de se arrepentir de la salida, porque no les quedase otro remedio sino pasar adelante; y así se puso por obra, que subieron las sierras de Capira, que son muy altas, y de allí á la tierra del cacique Totanagua, señor de mucha tierra y gente serrana; al cual, como hallasen durmiendo y descuidado, dando de noche sobre él, prendieronlo y robáronle hasta 6.000 castellanos. De allí, ántes que los demas fuesen avisados, llevando aqueste señor preso, van á dar al cacique Tataracherubí é hacen otro tanto, pero escápasele de sus manos; donde tomaron 8.000 pesos de oro, y lo que mas pudieron haber á las manos. Robaron y destruyeron otros muchos pueblos, y tomaron mucha gente por esclavos. Rogó á Badajoz el cacique Taboré que lo soltase, y que lo daría por su libertad otros tantos castellanos, y así, rescibidos, lo libertó y dejó volver á su casa. El cacique Tataracherubí acordó de venir de su voluntad, ántes que lo tomasen, para ver también si podía fingir alguna cautela para burlarlos, y en su venida trujo también su ofrenda de oro, porque ya sabían todos, que sin traer aquello no habían de ser bien allegados. Este fingió que cerca de allí estaba un Cacique llamado Natá, la última lengua, el cual poseía mucha riqueza, y que no tenía gente sino poca, porque era señor de poca tierra, y menos valor y autoridad; todo esto para que Badajoz y sus secuaces se descuidasen.

Oído esto, con el ansia de la riqueza (porque el codicioso todo cree que es oro), creyólo, y envió 30 españoles y á Alonso Perez de la Rúa, por Capitan, y hechos sus

requerimientos entre sí, media legua de la población, la noche ántes, dan en ellos al cuarto del alba, según su costumbre ordinaria, y cuando comenzó á rayar el día vieron en medio de grandes pueblos, porque era señor aquel muy grande; y porque si atras se tornaran, lo cual hicieran de buena gana por el miedo que cobraron de verse así burlados, pareciéndoles que les fuera mas peligroso, cobraron todos nuevo ánimo y dan en el pueblo principal que estaba descuidado, y no acertaron tan mal que al señor dél luego no tomaron. Porque como llevaban siempre espías, y los atormentaban porque dijese la verdad, lo primero que les preguntaban y ellos declaraban, era por los señores y por sus casas, porque de aquellos esperaban más de aprovechar, ó porque se rescatasen, ó porque matándolos, entendían tener mayor seguridad. Preso el señor, creyeron ya estar en salvo y con todo el descuido que pudieran tener en sus casas; dánse solamente á robar el oro, que fueron hasta 10.000 castellanos, y prenden las mujeres y muchachos, que con la priesa no se pudieron ausentar, pero los vecinos de aquel pueblo y los demas, que en un credo fueron avisados, viendo preso á su señor, y á sus mujeres y hijos presos y encadenados, juntáronse con un hermano del señor, y vienen sobre ellos como toros bravos, lanzando infinitas varas, tiradas como dardos, y piedras, que por allí no tenían flechas, ni hierba, ni otras armas, salvo, que por ventura, tenían las, como porras, que habemos dicho en esta isla Española llamarse macanas. Viéndose muy apretados, tomaron por remedio de se recoger con el mismo Cacique á su casa, poniéndole las espadas á la barriga, diciendo que lo habían de matar si no les mandaba que cesasen. El cacique Natá, mostrando ira grande, los comenzó á reprender diciéndoles, que para qué tomaban armas sin su mandado. Oyendo aquellas palabras, al momento, como temblando dellas, todos pusieron en el suelo las armas, y cesaron de pelear, luego, el Alonso Perez de la Rúa, para justificar su buena obra, requirió al hermano del Rey é señor Natá, que viniese á la obediencia y reconocimiento del señorío del Rey de Castilla, pues todas aquellas tierras eran de su corona Real, por título que el Papa, á quien Sant Pedro dejó en su lugar, le dió dellas; pudiera confirmar lo que el ciego tirano decía, con los milagros que habían hecho, y por los que hicieron adelante. Respondióles aquel (que no entendía de sus des-

varios mas de algun vocablo, que diría Castilla ó hombre de Castilla, ó otra semejante palabra), que otro hombre ninguno no habían visto por aquella tierra, sino á ellos, y que si por ellas algun día pasara, de buena voluntad le dieran del oro que tenían y comida, y también le dieran mujeres; esto le respondió á su requerimiento el hermano de Natá, cacique. Finalmente, avisado Badajoz de lo que pasaba, fué luego á se juntar con ellos, otro día; diéronles 15.000 castellanos, y hicieronles tantos placeres y regalos el Cacique, y su hermano, con todos sus indios, y fueron tan bien proveidos, que acordaron de parar allí todo el invierno; éste es por aquella tierra de muchas aguas pero no de algun frio. El asiento y población principal de este señor Natá era junto á la mar del Sur, donde se asentó y hoy permanece la villa de españoles llamada Natá, la cual creo yo que por muchos años que allí ha estado, ha sido de toda ella muy poco servido Dios.

Acabadas las aguas, prosiguen su romería, y dan de noche, como solian, sobre un Cacique llamado Escolia, el cual prendieron con sus mujeres y le robaron 9.000 castellanos; y siempre quemaban los pueblos, como se ha dicho, y llevaban cuantos indios podían haber captivos. Prosiguiendo su descubrimiento, según ellos llamaban, estos caminos hácia el Occidente, llegaron á las tierras y señoríos de dos Caciques, el uno llamado Periqueten, que estaba cerca de la mar, y el otro dentro, cerca, que se nombraba Totonoga, que era ciego; éste les dió 6.000 pesos en joyas, y oro por fundir, en grano, y grano hobo que pesaba dos pesos, señal de tierra muy rica; y así toda aquella tierra, más de 200 leguas del Darien, arriba y abajo dél, y aún sobre arriba de las dichas 80, es riquísima de minas. Supieron estar otro señor más abajo, nombrado Tauracurí, el cual les dió ó le robaron 8.000 pesos. Pasaron de aquí á la tierra de un hermano del ya dicho, que llamaban Pananome, al cual como avisado fué que andaban por allí, no hallaron, porque no osó esperallos, sabidas sus nuevas, y habíase huido; destruyéronle todo su pueblo, y robaron cuanto haber pudieron, no supe si captivaron indios. Seis leguas de allí, mas al Poniente, fueron á otro llamado Tabor, no sé lo que aquí hicieron. De allí pasaron al pueblo del cacique Cherú, el cual los esperó y salió á rescibir, sabiendo que venían, y les ofreció 4.000 castellanos; castellanos y pesos todo es uno. Hasta éste, ú

otro por aquí postrero lugar y tierra de señor, traía Badajoz robados, y dados por temor, que es lo mismo, 80.000 castellanos ó pesos de oro, los cuales en aquel tiempo se estimaban y valían más que, después de descubierto el Perú, 400 y aún 500.000.

CAPITULO LXX.

* Continúan las correrías de Gonzalo de Badajoz.

—Llega al pueblo de Cutara.—Reprobados medios de que se valió para robar una gran cantidad de oro.—Cómo cuenta este hecho Pedro Mártir, cuya relación se rectifica.—De la venganza que tomó el cacique Paris, matando muchos españoles y quitándoles el oro y los esclavos que llevaban.

De la tierra y señorío de aquel que dijimos postrer Cacique, según la órden dicha, se partió Gonzalo de Badajoz y sus satélites al señorío y tierra llamada Pariza ó Pariba, que después comunmente los españoles llamaron Paris, cuyo Cacique Rey y señor se llamaba Cutara. Este, sabiendo que los españoles venían sobre él como habían hecho sobre todos los otros, con toda la gente de sus pueblos se fué á los montes, poniendo las mujeres y hijos en cobro, como suelen hacer cuando tienen aviso que vienen sobre ellos de guerra, robando y matando como estos españoles venían. Como llegaron al pueblo principal de Paris ó Cutara, y no hallaron hombre, envió Badajoz, de la gente de la tierra que traía captiva, (porque hasta este lugar, 400 personas y por ventura más traía por esclavos), que lo fuesen á llamar, amenazándole que haría y acontecería como había hecho y acontecido á los otros. El señor le envió cuatro hombres principales y un presente, que ninguno tanto nunca á los españoles, ni por fuerza ni de grado había dado, y éste fué cuatro petacas llenas de joyas de oro, que dellas eran como patenas, que se ponían en los pechos los hombres, y otras como brazaletes, y otras menores para las orejas, y finalmente eran joyas que hombres y mujeres, para se adornar, tenían en uso; dijéronle de su parte los mensajeros, que su señor les decía que le perdonasen, que no podía venir á vellos por estar ocupado, y que rescibiesen aquel presente que sus mujeres les enviaban. Estas petacas que así las llaman en la lengua

de la Nueva España, suelen ser como unas arquetas de dos palmos en ancho, y cuatro al ménos en largo, y uno bueno en alto; son hechas de hojas de palma ó de cañas muy delicadas, ó de varillas delgadas, enforradas todas por de fuera de cueros de venados; destas usan en toda la tierra firme los indios, y en ellas tienen y llevan sus alhajas y cosas, como nosotros en nuestras arcas. Enviarles hía el Cacique en aquellas petacas, segun fué entendido, 40 ó 50.000 castellanos. Vista tan gran copia de oro, enviada tan fácilmente y de gracia, imaginaron que alguna gran riqueza debía tener en sus casas; acordaron de hacer un embuste harto digno de los que en aquellas obras andaban: respondieron que se lo agradecían y que ellos lo tenían por muy amigo de allí adelante, y fingieron que por donde habían venido se tornaban, é desde á dos noches, ó aquella misma, ó estando el Cacique donde á la sazón estaba, ó que ya se había venido al pueblo y á su casa, volvieron los españoles á su cuarto del alba, y hallando á todos descuidados, diciendo con gran devoción "Santiago," pegaron fuego á las casas. Van á prender al Cacique y sacáronle dentro las manos; róbale á él y al pueblo otros 30 ó 40.000 castellanos, y la gente, mayormente mujeres, que pudieron atar algunas, con las espadas hechos pedazos; y esto tengo por verdad, porque de los mismos que en ello se hallaron, algunos, que estaban en la misma tierra del Darien ó por allí, me lo dijeron. Otros lo han contado de otra manera, que creo tener mucha mezcla de falsedad, conviene á saber, que Badajoz envió á decir al Cacique, con los cuatro principales que le trajeron el presente, que no se había de ir de aquella comarca hasta conocelle por vasallo ó contrario del rey de Castilla, y que, oídas tales palabras, el Cacique se indignó mucho, y recogidas sus gentes, vino sobre ellos. Cualquiera destas vías que se haya tenido, bien puede juzgar cualquiera discreto, de cuya parte está la justicia.

Pedro Mártir, como informado de los mismos delincuentes, porque fué el mismo Badajoz y otros sus compañeros, dice en su Década segunda, cap. 10, que llegando Badajoz descuidado con su gente y los 80.000 castellanos al pueblo de Paris ó Cutara, cacique, lo acometió y dió la guerra que abajo diremos; ésta es gran falsedad que ni áun tiene color ni cosa verisímil, porque teniendo derramada la fama de las crueldades y robos que venían haciendo por todas

aquellas provincias, llegando á tierra y pueblos de señor que áun no había visto ni cognoscido y que siempre, á tormentos de los indios que traían presos, sabían el ser y poder de los señores que adelante estaban, ¿habían de venir tan descuidados que en casas tan ajenas habían de pensar estar sin aviso, como Pedro Mártir dice? y aunque no dudamos que Pedro Mártir refiere con verdad lo que decían en Castilla, y no lo que él por sus ojos veía, por eso, en todo lo que dice en sus Décadas, cuando concurre favor de los españoles con perjuicio de los indios, ningún crédito se le debe dar, porque todo lo más es falsedad y mentira. Manifiesto es que Badajoz no le había de decir la gran maldad y bellaquería que á Paris hizo, por que en la frente llevaba escrita su confusión, su desvergüenza é injusticia, por cualquiera que fuera hecho de las dos vías, y por aquella causa refirió el hecho de los desventurados indios, y encubrió el suyo, del cual las obras que de atrás venía haciendo, que áun el mismo Pedro Mártir refiere, eran verídicos y suficientes testigos. Que Badajoz fuese el informador de Pedro Mártir en lo susodicho, fácil cosa es de creer, porque en Zaragoza de Aragón estuvo Badajoz el año de 518, cuando Pedro Mártir fué recibido por del Consejo de las Indias, y yo fuí presente y lo vide.

Contando el hecho de Paris, fué de esta manera, que vistos y padecidos los daños que Badajoz le había hecho, y el nefario desagradecimiento que por tan buena obra le había tenido, juntó sus gentes todas, y á cabo de dos ó tres días los alcanzó en uno de sus pueblos, que llevaban sus 130 ó 140.000 pesos de oro, que nunca hasta entonces se habían otros tantos, ni con la mitad juntos, visto, y escondidos en un monte, mandó el Cacique echar un indio como que á pescar ó cazar iba; ya sabía que luego le habían de prender y preguntar y áun atormentar como solían, si no les decían lo que querían. Tomado el indio, preguntáronle cuyo era y de dónde y cómo venía; respondió que de tal señor ó Cacique; preguntado por las preguntas generales, conviene á saber, si tenía su señor oro, respondió que mucho. Acuerda Badajoz de ir con 40 hombres á saltearlo, y andando toda la noche amaneció encima de unas chozas ó casas vacías. Viéndose burlado, de creer es que la gufa, como siempre lo acostumbraban, lo pagaría. Entre tanto, el cacique Paris, entendido que se habían partido, dió sobre los otros, pegando fuego á las casas

del pueblo, con 3 ó 4.000 indios, y con tanta priesa y grita, y alarido, y con ciertos cuernos ó caracoles grandes que hay en estas Indias, con los cuales hacen gran estruendo, que ántes que los españoles se meneasen, los habían todos ó los más muy mal herido, y si no llegara luego Badajoz, no hallara hombre dellos vivo. Dieron en ellos por muchas partes, y así, cuando los españoles á una parte se retraían ó recogían, por las espaldas les daban los otros que por allí venían. Tomaron por remedio los nuestros de juntarse todos en la plaza del pueblo, y aunque se defendían, pero con mucha flaqueza y desmayo, por los muchos que caer muertos veían; cercanlos los indios con leña y paja, para poner fuego y quemarlos vivos, entonces, viéndose tan cerca de ser todos perdidos, cercanse como de albarradas con los cuerpos de los muertos, españoles é indios; no les ayudaban, por las infinitas varas que los españoles tenían en los cuerpos, para escudarse, porque estorbaban á las que de nuevo se tiraban á los vivos. Cobró Badajoz gran vigor contra los indios, viéndose tan cerca de perderse, y dando en ellos, como si de nuevo viniera, y cortando por medio, con su espada, los cuerpos desnudos, lo mismo haciendo algunos pocos que no estaban heridos, de tal manera que se apartaron los indios. Lleváronles todo el oro y 400 indios que llevaban por esclavos, y la ropa con todo el fardaje que tenían, de que quedaron más tristes. Quedaron allí 70 españoles muertos, y los 80 heridos, todos sin esperanza de vida; tenían algunos tres, y cuatro, y hasta once varas metidas en los cuerpos. Usó Badajoz de un buen remedio de cirujía, que fué coser las heridas, tan bravas eran, no con agujas, ni hilo de lino, sino con almaradas y cordeles gruesos, y de los indios muertos sacado el unto, quemólas con ello en lugar de aceite; desmenuáronse las camisas, y rompidas hicieron vendas dellas, con que las ligaron, y desta manera guarnecieron muchos que cuasi toda la esperanza de vivir tenían perdida.

CAPITULO LXXI.

* Retírase Gonzalo de Badajoz siendo atacado en su camino por el cacique Natá.—De cómo el cacique Chame le prohibió entrar en su territorio proveyéndole de cuanto necesitaba.—De las violencias y robos que cometió en la isla de Otroque.—Detiénese en la isla de Taboga durante 30 días mientras acabaron de sanar sus heridos.—Palabras notables de Tobilla.—De lo que hizo en los pueblos del cacique Chepo.—Llega al Darien.—De cómo fué recibido en Castilla por el obispo Fonseca.

Hecha esta cura, como ningún remedio tenía sino huir, tomó por allí ciertas canoas, y echó en ellas Badajoz los más peligrosos heridos, y él y los ménos lastimados, y algunos del todo sanos, fuéronse por la playa junto á la mar para socorrerlos en lo que se pudiesen, si les ocurriese algún peligro; y aunque ellos, por ir por tierra, parecía que iban sin él ó con menor que ellos, todavía se les ofreció peligro y trabajo con que fueron harto afligidos. Como por aquella costa del Sur crece tanto y mengua el agua de la mar, creció tanto una noche que los que pudieron subirse á los árboles tuvieron ménos un poco de aflicción y tristeza, y los que no, anduvieron en el agua salada hasta la cinta, de donde se les enconaron las heridas y así vinieron á morir. Yendo su camino adelante, con tan atribulada y amarga vida como cualquiera podrá concebir, sabido su desbarato, el Cacique y señor de Natá, que en el capítulo 68 mostramos haber preso á él y á sus mujeres Alonso Perez de la Rúa, saliéron con su gente armada al camino para del todo consumillos, al cual envió Badajoz á decir que por qué le salía de guerra, pues lo tenía por hermano y amigo, respondió el Cacique: "andad, decidle que no es mi hermano ni amigo, porque él y todos los cristianos son malos y nuestros enemigos," y junto con las palabras, él y su gente comienzan á les echar infinitas varas y piedras que los cobrían. Badajoz y los suyos, sacando fuerzas de harta flaqueza que traían, como no tenían otro remedio, mostrándoles cara, y, por no esperar el golpe de las espadas, daban consigo en el río que por allí iba, tornaban luego á salir é á tirar sus piedras y varas con que los afligían y herían; tuvieron por cierto que los acabarían si la noche no sobreviniera. No pudiendo tres de los heridos caminar, los sanos se los echaron á

cuestas y los llevaron hasta que, no pudiendo ir más adelante con ellos, hicieron ciertas balsas y por el río abajo fueron á dar á la mar, donde las canoas iban, que no fué poca dicha.

Caminando adelante, siempre huyendo por mar y á veces y las más por tierra, llegaron á tierra del Cacique Chame, que como estaba de sus obras informado, les ocurrió con su gente desnuda y desarmada, puesto que con sus armas de varas y piedras, y hizo una raya jurando y protestando que los había á todos de matar si de allí pasaban, pero que él les mandaría dar lo que hobiesen menester y en abundancia. Ellos que traían más ganas de comer y descansar que de pelear, recogieronse á la costa de la mar, y él les mandó proveer y fueron proveídos de cuanto en la tierra había, como si estuvieran en sus casas; y porque llegaron en parage de la isla llamada Otroque, que está en la mar dentro, creo que 10 ó 12 leguas, de que había gran fama ser rica de perlas y oro, como por el buen tratamiento y provision que el cacique Chame les hacía, tuviesen allí algun poco de reposo, no dejó perder aquel tiempo y pasarlo en ocio al Gonzalo de Badajoz su ferviente y desatinada codicia de robar, porque pospuesta la cura y salud de los muchos heridos que iban en las canoas, hácelos allí desembarcar y entra en ellas con 40 otros ladrones de los más sanos, y pasa á robar y destruir la dicha isla, la cual estaba en su paz. Dando de noche sobre ellos, prendió luego al Cacique; los indios, creyendo que eran otros indios sus enemigos, que habían pasado de la tierra firme, armáronse contra ellos, pero cuando se vieron desbarrigar y cortar por medio con las espadas, cognoscieron que otros de mayores ó de más recias armas los maltrataban, y luego, los que pudieron, dieron á huir. Rescatóse el Cacique por cierta cantidad de oro, no supe cuanto, y dejélos Badajoz así lastimados, y tornóse á donde los heridos había dejado.

Pasando adelante, como luego voló la fama que venían desbaratados, todos se atrevían á ayudar por acaballos, y llegando á la tierra de Tabóga, salió con obra de 300 hombres, y peleó con los nuestros por un buen rato, y al fin pasaron adelante, y entrando en el señorío de Perequete hizo lo mismo, pero, lastimándolos mucho con las espadas, hiriendo y matándolos, desembarazaron la pasada. Llegando que llegaron á un ancon que hace por aquella

costa la tierra en la mar, que llamaron el Ancon de las Almejas, de donde se ve la isla de Tabóga, la sílaba del medio lengua, que podrá estar ocho ó diez leguas en la mar, tomóle su codicia á Badajoz, que lo traía atraillado, y determinó de pasar también á ella por deshollinar el oro y perlas que haber en ella estimaba. Entra en las canoas y saltea la isla de Tabóga, estando todos los vecinos della, y prende al Rey ó señor della, y habidas sus primeras batalluelas con los indios, que son como escaramuzas de niños siempre por la mayor parte, al cabo el Cacique suelto, y por miedo ó por vergüenza todos asegurados, estúyose allí treinta días á todo su placer holgándose; y allí acabaron de sanar los que traía heridos, y con 7,000 pesos de oro y muchas y finas perlas dadas y robadas, se volvió á la tierra firme para proseguir é acabar para el Darien su jornada. Deste Badajoz dice Tobilla, que escribió parte deste su viaje, siendo seglar, y que después anduvo en los robos y destrucción en parte de aquellas regiones, á los dichos semejantes, entre tanto Badajoz con 40 compañeros pasó á robar la ínsula de Otroque: "Traían tanto estruendo de robar la riqueza que estos insulanos, sin daño de nadie, tenían, que recogidos mas de 200 dellos, creyeron ser sus enemigos de la tierra firme, acudieron á herillos." Dice también más abajo: "Cosa brava era la codicia deste caudillo español, pues, en medio de la persecucion con que huía, viendo desde el Ancon de las Almejas la ínsula de Tabóga, pasó contra ella por el maldito oro, etc., etc." Estas, en forma, son sus palabras, sin añadir ni quitar alguna.

Salido á la tierra firme, como dicho es, fué á dar en los pueblos del cacique Chepo, en los cuales robó y prendió muchas mujeres y hijos de los naturales, y quizá también suyos, el cual, estando ellos partiendo su cabalgada, vino con su gente y dió en ellos con gran ímpetu, y hirió algunos y mató á Alonso Perez de la Rúa, porque pagase la prision de Natá y las tiranías que por allí hizo, como en el capítulo 68 queda relatado. Temiendo Badajoz que tornase sobre él, se dió prisa con la cabalgada de salir de aquellos límites, dejando los pueblos de allí, por tomalles sus mujeres y hijos, tan lastimados, entró en las términos de Tubanamá y Pocososa, los cuales halló todos despoblados, por andar por ellos el licenciado Espinosa, haciendo estragos, por mandado del Sr. Pedrá-

rias. Finalmente, llegó al Darien Badajoz y el resto de la gente española que le había quedado, y entró en la villa, sin dalle el triunfo de lo que había ganado, ántes con harta vergüenza y aun lástima de su corazón, por la gran suma de oro y perlas que Paris con tanto daño le había tomado, y con no ménos tormento de Pedrárias, y de todos los del Darien, de que supieron su desastre. Acuérdome que aquel año que dije de 518, que todos nos hallamos en Zaragoza, era público entre todos los que ídos destas Indias allí estaban, que había dicho el obispo de Búrgos, Fonseca, (que, como se ha escrito muchas veces, era el que todas las Indias meneaba y gobernaba), al Gonzalo de Badajoz, que merecía que el Rey le cortara la cabeza, porque había perdido aquellos 100,000 y tantos castellanos que había tomado, los cuales ya pertenecían á España. ¡Mirad qué insensibilidad del señor Obispo D. Juan Rodriguez de Fonseca, cómo se dolía de de los escándalos, robos, muertes y infamia de la fé y religion cristiana que había hecho en aquel camino con perdición de tantas ánimas! y ésto bien se lo mostraba el Obispo á Badajoz porque yo le vide andar hártó pobre, desfavorecido, arrastrado tras el Obispo, y desventurado, y que no osaba mirar al Obispo en la cara, ni el Obispo á él lo miraba.

CAPITULO LXXII.

* Sale Pedrárias con el pretexto de ir á hacer la guerra á Pocososa y otros señores, á buscar á Francisco Becerra.—Averigua su muerte.—Manda al licenciado Espinosa que vaya á destruir á sangre y fuego la provincia de Pocososa.—Hace construir una fortaleza y se torna al Darien.—Envía á Valenzuela con 130 hombres de refuerzo á Espinosa.—Crueldades que éste cometió en la tierra de Comogre y Pocososa.—De la notable carta que sobre esto escribió fray Francisco de Sant Roman, la cual fué mostrada por las Casas al gran Canciller.—Prosigue Espinosa su obra de destrucción encaminándose á la tierra de Cutara.

Después que Pedrárias despachó á Gonzalo de Badajoz, cuya historia hemos contado, siempre tenia cuidado de la muerte ó vida de Francisco Becerra, y estaba dudoso que fuese verdad lo que dél le había

dicho el muchacho, y, con esta duda y deseo de saber la verdad, determinó de ir él mismo á buscarlo, ó al ménos saber lo cierto de su tardanza; pero porque ninguno de los del Darien osaba pensar en ir á Urbá ni hácia el Cenú, por miedo de la hierba, que en un momento los heridos con ella mataba, por lo cual todos habían de rehusar la jornada, quiso por esta cautela engañarlos y así sacarlos. Mandó apregonar guerra contra Pocososa y otros señores de aquellas provincias, y sus gentes, á fuego y á sangre, como á gentes rebeladas, cosa muy al sabor de todos los del Darien, y que deseaban. Nótese aquí, por los prudentes y que fueren cristianos, con qué título y causa se podía decir ser Pocososa y sus gentes y los demas rebeldes, siendo señores naturales de aquellas tierras y no se haber sometido á ninguno del mundo, ni aun pudiéndolo hacer sin voluntad de los pueblos, ni consentimiento dellos, que cualquiera de las partes, sin aceptación de la otra, si lo hiciera, caían en mal caso como arriba se ha declarado; y en esto han errado enormísimamente los Consejos del Rey, despachando algunas provisiones contra los indios, que, sin haber oído palabra, estando de guerra, defendiéndose de los españoles y de sus crueldades, de rebeldes los notaban, teniendo en sus mismas leyes comunes y en sus doctores legistas que ninguno que no haya sido súbdito puede ser dicho rebelde, ni de rebelión notado. Item, se debe notar, que aunque fuera cierto que aquellas gentes se hobieran jurídicamente sometido al imperio de los Reyes de Castilla (lo cual nunca en todas las Indias fué verdad), habiendo rescibido el rey Pocososa y sus gentes, y los demas, tan grandes y tan irreparables daños, y males de Juan de Ayora y de los otros, sobre haber hecho tantas y tan buenas obras á Vasco Nuñez y á sus secuaces, como parece en el cap. 61, ¿porque estuviesen puestos en armas y matasen á cuantos españoles pudiesen matar, podían llamarse rebeldes y alzados? Pero ya queda dicho en muchos lugares la causa de estos hierros, que fué la gran ceguedad del Consejo siendo obligados á no lo ignorar. Así que, oído el pregon, todos se holgaron por la esperanza, que luego se prometieron, de robar el oro que creían tener aquellos señores, y por hacer esclavos, y así se ofrecieron á ir con él 300 ó más hombres; y embarcados en tres ó cuatro navíos, vueltas las proas hacia el Poniente, hasta que fué de noche, porque los pilotos